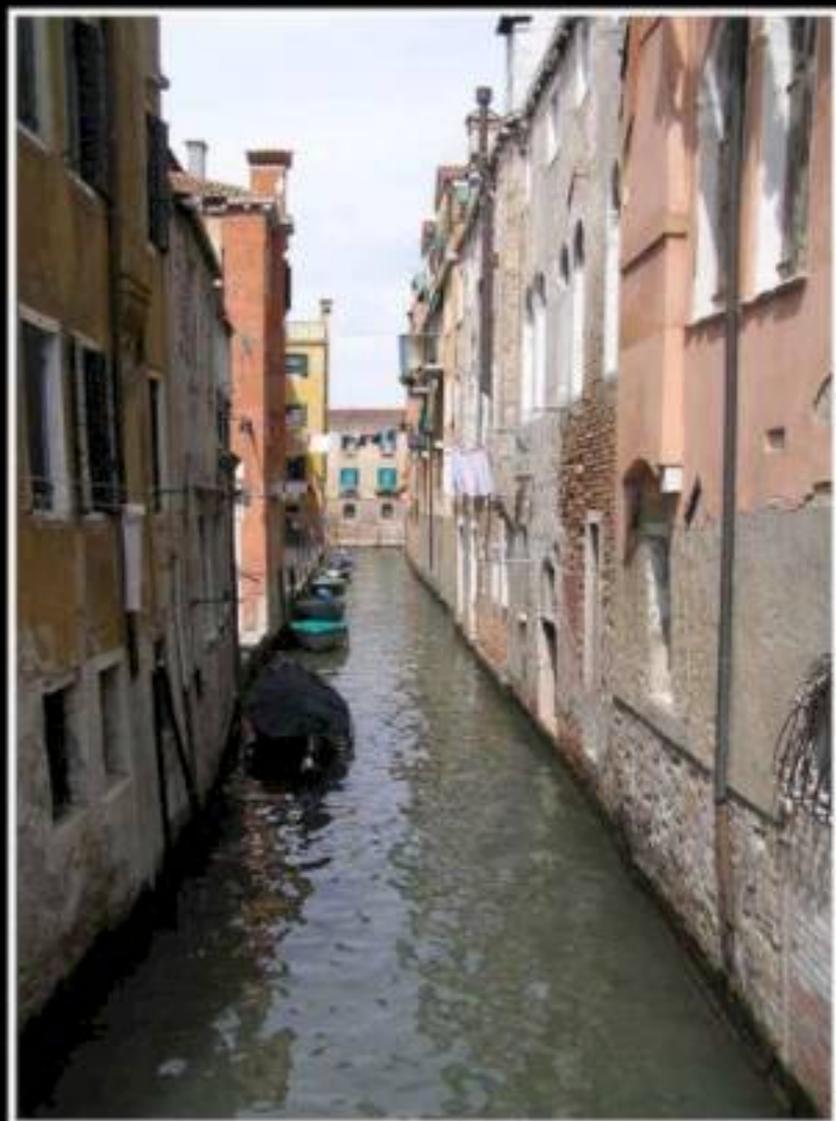


LUNA DE VENECIA



Álvaro Pérez Serrano

Álvaro Pérez Serrano

LUNA DE VENECIA

Venecia, 1996

1

La ciudad que nunca sonríe se había despertado más triste que de costumbre. Las lágrimas de su sollozo cubrían los canales, los patios, las plazas, y cómo no, me cubrían a mí. Había visto a muchas ciudades llorar, pero nunca de la manera en que lo hacía ésta. Mi ciudad, ésa que había dejado hacía tiempo, lloraba siempre a las seis de la tarde, quizás como tributo a algún matador muerto una hora antes. Era un llanto débil, que te cubría pero que no te dañaba, y que limpiaba en su dolor un aire que ya casi no se podía respirar. Otras ciudades también lloraban, pero tampoco sus lágrimas eran amargas. Había visto llorar hasta al cielo de Israel, ése que cada verano demuestra al mundo que es el más duro de todos los cielos. Aguanta estoico y sin mudar ni un poco su color viendo como sus hijos de mil madres se matan día a día, pero aquella mañana ni siquiera pudo reprimir el sufrimiento que llevaba dentro, y soltó unas lágrimas frías e inocentes para que yo pudiera ver que hasta los cielos impasibles pueden llorar. Pero esta vez la lluvia era amarga, sentía en mi rostro su amargura paso a paso, sentía como esas lágrimas caían entre mis cejas y sentía como todo se entristecía bajo su espesa sombra. Y fue entonces cuando vi al fondo del canal un pez que se acercaba. Lo miré con interés y asomó sus ojos de pez, ojos grandes, ojos de lado, y me dijo: "Has visto muchas lluvias, cabrón, pero esto es el diluvio, y no tienes paraguas, hijo de puta."

2

Por aquel entonces yo ya era suficientemente mayorcito para saber que el sol se pone todos los días por el mis-

mo sitio, nos guste o no, pero lo que no podía imaginar era que la luna me traería tantos problemas. No recuerdo muy bien que hacía la tarde en que todo empezó, pero seguramente estaría preguntándome qué cojones hacía yo en Venecia. En teoría era fácil, yo era un estudiante de lenguas semíticas y había ido allí para ampliar mis conocimientos. En la práctica había ampliado la cavidad vaginal de un par de napolitanas, y poco más. Por lo demás llevaba una vida de esas que pueden calificarse como bohemia, es decir, vivía en una sucia buhardilla sin calefacción, pasaba más frío que un esquimal, me engañaba a mí mismo pensando que llevaba una dieta equilibrada para no reconocer que estaba muerto de hambre, y gastaba mi poco dinero en alcohol. Aparte de estos inconvenientes el entorno no ayudaba para nada. En Venecia siempre llueve, cuando no llueve la niebla es tan espesa que no te ves ni los huevos en posición fetal, cuando se va la niebla se inunda la ciudad, cuando se inunda la ciudad salen las ratas, y cuando ya te has cagado en todo lo habido y por haber, vuelve la lluvia. Y así, y así, y así. Y cuando te olvidas de todo eso y te sientas a fumar el último cigarrillo bajo un soportal, contemplas a los asquerosos perritos con abrigo, y a veces hasta con sombrero, y te das cuenta de que hasta un jodido caniche pasa menos frío que tú, y se te cae el mundo encima. Y más o menos así me debía sentir aquella tarde cuando de repente apareció ella. Hay muchas mujeres en el mundo, pero que muchas, y seguramente todas tendrán una habilidad especial, pero puedo asegurar que por muchos años que viva, ninguna mujer podrá aparecer entre la multitud como lo hizo ella.

Su sonrisa se contemplaba a más de mil metros y el brillo de sus ojos me recordó que algo en aquella ciudad no estaba muerto. Llevaba un jersey amarillo, y debajo de él un par de razones para echar por el suelo a Newton y su famosa ley de la gravedad. Mis ojos siguieron el movimiento de sus caderas sin perder detalle, y a cada compás mi corazón

se aceleraba más y más. La tenía a diez metros y ya la echaba de menos. La tenía a cinco y ya había repasado mentalmente medio Kamasutra. La tenía a dos y ya había decidido el nombre de nuestro primer hijo. La tuve delante y fui incapaz de decirle nada, y se alejó por la Strada Nuova en dirección a Rialto mientras contemplaba su culo, el culo por antonomasia. Suspiré y apagué mi cigarrillo, la depresión se volvió a apoderar de mí y me alejé siguiendo el reguero de su olor, un olor que me era nuevo y desconocido, pero que no quería dejar de oler nunca.

3

Aún pensaba en ella cuando me dejé caer en una vetusta silla de la biblioteca que chirriaba por la humedad y que apestaba a madera vieja. Ya saben, el glamour de Venecia y todas esas gilipolleces que atraen a los turistas. Cá Capello, la sede de la Facultad de Lenguas Orientales era pequeña, húmeda, triste, en fin, un horror. Sin embargo, y a pesar de todo eso, cuando me sentaba a estudiar y contemplaba el Gran Canal al fondo una especie de amarga felicidad se apoderaba de mí. En ésas estaba cuando apareció Giulio Berti, profesor de Lengua y Literatura Hebrea, especialista en Midrás, mente privilegiada donde las haya, genio unánimemente reconocido por los especialistas en la materia y rompecorazonos oficial de la Universidad de Venecia. A mí me parecía un engréido hepatítico con aires de grandeza, pero en fin, saber sabía lo suyo, cada cosa como es. En Italia hay que andarse con mucho ojo con los profesores, nada de tutearlos, ni saludos informales como Ciao, aquí siempre Buona Sera y todo eso, muy sobrio y muy anticuado todo, como les gusta, y si te descuidas y te topas con peces gordos como el presidente de la Facultad, hay que darle al Excelentísimo y a su Ilustrísima, como con Na-

poleón, para descojonarse, vamos. Y de intentar seducir a sus mujeres, ni hablar. Algo muy desagradable.

-Ciao, Berti. ¿Cómo va eso? -así, con diplomacia.

Me miró con cara de pocos amigos.

-Ustedes los españoles, señor De Mol, saben muy poco sobre la buena educación. En cuanto al hebreo aún estoy esperando que me demuestre de lo que es capaz. Hace días que espero su traducción de los textos que le entregué.

-Verá, hago lo que puedo, pero en esta universidad no hay quien trabaje. No entiendo el funcionamiento de la biblioteca, que si el miércoles de diez a doce, que si el jueves de doce a diez, que si este libro no se saca, que si un profesor debe firmar la ficha, que si este otro no lo tenemos, pero éste sí, que no es lo mismo pero es igual, que si sí, que si no. Nunca consigo los libros que necesito.

Por un momento pensé que le había convencido, pero aquel tipo no estaba por la labor de colaborar en mis vacaciones académicas. Me miró con un ligero aire de reproche antes de alargar sus huesudas manos y dejar caer unas llaves encima de la mesa.

-Ahí tiene las llaves de mi despacho. Encontrará todo lo que necesita para su traducción. Mañana le espero en clase, estoy seguro que nos amenizará con una interesante exposición. Buenas tardes, no se olvide de cerrar y dejar las llaves en la conserjería.

Y se fue, y sin saber muy bien cómo me encontré en su maldito despacho hojeando libros aburridos y sin la más mínima idea de qué hacer con ellos. Estaba cansado y sin ganas de trabajar, así que decidí sentarme sobre el sillón de

Berti, bajo la cálida luz de la lámpara, y contemplar a través de la ventana cómo pasaban las góndolas a lo largo del Gran Canal. De repente, alguien llamó a la puerta.

-Avanti.

Cuando vi su jersey amarillo ni yo mismo podía creérmelo. Pero era ella. Cuando vi su sonrisa iluminando mi vida pensé que se trataba de un sueño. Pero no, era ella. Cuando sus ojos se clavaron en los míos pensé que era un errado personaje, quizás un ángel escapado de un cuento de hadas. Pero no, era ella.

-¿El profesor Giulio Berti? -preguntó con la más dulce de las voces. Me quedé petrificado. Pensé en mentir, en decir que era yo. A fin de cuentas, podría tratarse de cualquier alumna dispuesta a cualquier cosa por una matrícula de honor. Aun así, no podía mentir, mi acento era demasiado fuerte para hacerme pasar por italiano.

-No, no está en este momento.

-¿Tardará mucho? -mientras preguntaba sus ojos examinaban todo el despacho.

-Sí, creo que bastante. En realidad..., se ha marchado a Israel, de año sabático -noté una mueca de disgusto en su cara-. Quizás yo pueda ayudarte.

-¿Tú? -lo dijo como mirando a una mierda-, no, no creo. ¿Quién eres?

-Soy su profesor ayudante, le voy a sustituir hasta que vuelva.

-¿En serio? -ya no me miraba como a un excremento. Se sentó enfrente de mi, ligeramente ladeada y con expresión

de interés. Estaba monísima con su bolso entre las piernas.

-¿Tengo cara de bromear?

-Pareces muy joven para ser profesor. Y no eres italiano. ¿De dónde exactamente?

-Español, estoy haciendo el doctorado con una beca Erasmus, y si Berti ha confiado en mí tú deberías hacer lo mismo.

Me miró con una sonrisa demasiado irónica para mi gusto.

-Dicen que el es el mejor, y para lo que he venido no me sirve un ayudante, necesito al mejor.

-¿Qué es a lo que has venido? -pregunté con tono irritado.

Sacó un cigarrillo del bolso, lo encendió con indiferencia y comenzó a pasear por el despacho. Observé sus caderas bien formadas mientras caminaba. Se detuvo frente a una estantería y pasó sus delicados dedos por un par de libros. Los paró junto a una Biblia en hebreo y la extrajo con sumo cuidado, casi acariciándola, la abrió de derecha a izquierda, para mi sorpresa, y me miró.

-Beresit, en el principio.

-¿Dónde aprendiste hebreo? -pregunté con curiosidad.

-En realidad no se hebreo. He leído bastante sobre Cá-bala, y aprendí a leer algo, pero no sé más de diez palabras -me pregunté si cierta palabra entraba dentro de su reducido vocabulario hebreo, pero decidí no preguntar-. ¿Has leído el Zohar? Es fascinante, lo escribió un español, ¿no?

-No es seguro, el Zohar es un libro cabalístico muy complejo, quizás con varios autores. Berti dice que Moisés de León sólo escribió la parte central, la más importante.

-Interesante, quizás podrías recordarme la interpretación que hace el Zohar de la palabra Beresit.

Sentí que me estaban poniendo a prueba, y eso no me gustaba.

-Quizás -respondí con sequedad.

-Quizás no la sepas.

Suspiré. Toda esta historia empezaba a intrigarme. ¿Qué hacía aquella preciosa chica hablándome de Cábala?

-Bueno, hay varias interpretaciones de esa palabra, demasiadas, te puedo decir alguna.

Ella asintió con la cabeza, con aire de satisfacción. Continuó hablando.

-El Zohar está escrito en Arameo, un arameo artificial, pero a fin de cuentas arameo. Como en hebreo, esa lengua no tiene vocales, así que nos quedan seis letras BR'SIT. El autor cree que es un anagrama, así que cambia el orden de las letras y le queda B-TRI-'S, que significa con dos fuegos. No recuerdo muy bien, pero me parece que lo identifica con las dos tablas de la ley que fueron incisas en fuego, y que representan algún atributo, el vigor o algo parecido. También habla de dos labios llamados llamas de fuego, de donde descenderá el espíritu del Mesías.

Me miró con incredulidad. Después dejó el libro en su sitio y sonrió.

-Al fin y al cabo, quizás puedas ayudarme. Ahora debo irme. ¿Te viene bien mañana a las seis en el Café Rosso? Está en Campo Santa Margherita.

-Allí estaré.

-No faltes, es importante. Buona Sera, señor profesor.

Y allí me quedé, entre un cortante silencio. Giré la cabeza hacia la ventana y vi que ya era de noche. La luna iluminaba el Canal, y yo sabía que me estaba metiendo donde no me llamaban, pero no me importaba.

4

Aitor había cocinado lentejas. O al menos eso me había dicho. En realidad, en el bote que había sobre la mesa se leía claramente Piselli, que en italiano no era otra cosa que guisantes. Y en el plato se vislumbraba una masa verde que me decía si quieres seguir vivo no me comas. Aparté el plato con desgana y saqué un cigarrillo. Cómo no, era el último del paquete. Suspiré y apoyé la cabeza sobre mi antebrazo. Sara me miró con amor de madre.

-Come, estás demasiado delgado.

-Mejor delgado que muerto.

Sara era una de las múltiples personas con las que compartía piso. Una típica italiana de Bolonia que ejercía de madre del grupo. En las frías noches de la laguna su regazo servía de receptor de depresiones, secretos, frustraciones y melancolías. Murat, el turco, la usaba de confidente. Nina, la brasileña, y Sonia, la romana, de hermana mayor. Nadia, la inestable y delicada croata, de espejo en donde mirarse. Aitor, el eterno estudiante de arquitectura, de amante en

sus noches solitarias, y yo, el hombre que siempre está hecho un lío, de consejera para todo. Aquella noche no me apetecía su consejo, me apetecía bailar con ella.

-Vamos a bailar -dije con mi cara de pedir favores.

-Estás loco, ¿a bailar? En esta jodida ciudad no hay ningún sitio donde bailar a estas horas.

-¿Cómo que no? La plaza de San Marcos, tú y yo solos, la música de Vivaldi en los altavoces, la luna, los canales. No dejes que esta ciudad te coma como un cáncer. Utilízala.

-No, estoy harta de hacer todo lo que quieras sólo porque no tienes a nadie con quien hacerlo.

-¿Qué quieres decir?

-Tú eres así, utilizas a la gente. No te das cuenta, pero lo haces. Ahora te apetece bailar, y como no está la persona con la quieres hacerlo, me lo dices a mí. La semana pasada querías ir al cine, y como no tenías con quien ir me lo pediste a mí. Mañana querrás ir de viaje, y si no consigues a ninguna me lo dirás a mí. Llegará el día en que quieras follar y si no hay nadie, yo seré la elegida. No te importa nada ni nadie, sólo tú, pero yo tengo sentimientos y no puedes jugar con ellos. Me podría enamorar, y a ti te daría igual.

-Vamos, Sara, tú eres mi amiga...

-A lo mejor quiero ser algo más que una amiga. ¿Nunca has pensado en eso?

Se levantó bruscamente y el portazo me dolió como una daga clavada en el corazón. Aspiré la última calada de mi cigarrillo, pensado por qué siempre acababa dañando todo

lo que tocaba. La seguí hasta su habitación. Estaba llorando. Me senté sobre su cama, junto a ella, y acaricié su pelo. Me miró y se incorporó mientras se secaba las lágrimas.

-Lo siento -dije-. Siento ser yo mismo.

-¿Con quién querías bailar? Y no me mientas.

-No lo sé. A veces quiero bailar con alguna sólo porque estoy solo. A veces con otra porque ella no quiere bailar conmigo, a veces porque esa otra ahora baila con otro. Hoy quería bailar contigo porque no te puedo dar lo que tú quieres, y pensé que eso te gustaría. Me equivoqué, como siempre.

La miré, pero no respondía. Me sentía incómodo. Las palabras duelen, te alegran, te dan valor, te deprimen, te hunden, te levantan, pero nunca te incomodan. Sólo los silencios y las personas pueden hacerlo. Grité, era mi manera de matar al silencio. Sara se sobresaltó.

-¿Qué demonios estás haciendo? -dijo mientras se agazapaba tras un cojín. Me miraba con incredulidad.

-Grito. Ni más ni menos.

-¡Estás loco! A veces me pregunto para qué tienes el cerebro.

-Es curioso, todo el mundo dice que pienso demasiado, y tú me dices que para qué tengo el cerebro.

-Me da igual lo que diga todo el mundo, ¡yo no soy todo el mundo! -parecía indignada, aquello me gustaba.

-Tienes toda la razón -dije sonriendo-. Para mí eres especial, pero eso a los mil millones de chinos se la trae floja. En realidad también formas parte de esa odiosa clase denomi-

nada todo el mundo. Todos formamos parte, aunque no queramos. Ya puedes ser la persona más maravillosa del mundo que los putos chinos se la siguen meneando tan contentos.

Me miró con rabia.

-Sabes lo que más odio de ti, tu jodida visión negativa del universo. Deberías insuflarte un poco de positivismo.

-Sí, seguramente, pero una chica me dijo una vez que debería comer pollas, que no sabía lo que me perdía. Si hiciera todo lo que me recomiendan a saber dónde estaría.

-Un poco de seriedad -ahora el cojín estaba golpeando mi cabeza.

-Sí, tienes razón, Sara, pero no se puede ser positivista cuando a tu hermano mayor le mató un espejo.

-¿Estás de coña? ¿A tu hermano lo mató un espejo?

-Sí, pero eso está en otro relato.

-No lo entiendo.

-Ni falta que hace. Buenas Noches.

5

Amanecer en Venecia. Abrir la ventana y ver como el cielo sigue gris, buscar el sol y sólo encontrar nubes. Aquello es lo que me deparaba aquel día, el día en que la encontraría sentada en el Campo de Santa Margherita, tomando un cappuccino en el Café Rosso. Al fin y al cabo, qué se podía esperar de aquella ciudad centenaria. Me pregunté cuándo llegaría la primavera a Venecia, cuándo el cielo empezaría a

ser azul, cuándo un rayo de sol iluminaría mi ventana al despertarme. No encontré respuesta, así que baje lenta y torpemente los escalones de mi buhardilla para toparme de bruces con los ojos azul celeste de Nadia.

-Buon Giorno, ¿cómo has dormido? -me preguntó mientras me revolvía el cabello.

-Ahaghmyar. La hostia.

-Deberías tomar un café. Estás completamente dormido.

-...ro mear.

-¿Eh?

-Qui-e-ro me-ar.

-Tu siempre tan agradable. Lo siento, pero está Nina, y después voy yo. Tendrás que esperar -y se recostó contra la pared. Estaba monísima, con su bata de seda insinuando su delicado cuerpo de escándalo. Pero yo sólo quería mear.

-Sabes Nadia -me acerqué hasta rozar su mejilla con mi boca-, no me importa que el cielo esté gris. Me sobra con ver el azul de tus ojos al despertarme.

-Sí, claro. Tú lo que quieres es pasar antes que yo.

Pensé que se me notaba mucho. Pensé que debería ser más simpático de vez en cuando. Quizás así se me notaría menos cuando quisiera pedir un favor. Pero no me daba por vencido. Empecé a acariciar los pliegues de su bata, y saqué la mejor de mis sonrisas.

-Te funcionaría mejor el truco si te lavaras los dientes antes.

Suspiré, todo estaba perdido. Pensé en mi abuela, que nunca se iba a dormir sin su orinal en la mano. Una mujer previsora. Sí, no como yo.

-Vamos, Nadia, serán dos minutos. Meo y me voy. Tú puedes tirarte dos horas. Tienes que cuidar ese cuerpo de fábula que tienes, las cremitas, la ducha, el pelito, el secador, todas esas cosas que tanto te gustan. Yo, en cambio, meo y me voy.

-¡No!

-Que te folle un serbio -y me fui a la cocina como quien no quiere la cosa.

6

-No me lo puedo creer -oí a mis espaldas.

Aún no había acabado mi meada, así que me limité a girar la cabeza. Sonia estaba petrificada, con su medio bizcocho en la mano y los ojos como platos.

-No me lo puedo creer. Estás, estás, estás...

-Sí, estoy meando.

-Estás meando en el...

-Sí, estoy meando en el fregadero.

-Esto es demasiado para mí -y soltó el bizcocho.

Me giré. Lo volvió a agarrar con fuerza, mientras me miraba algo irritada. Bajé la mirada y me di cuenta de lo que tenía entre manos. Poca cosa, al fin y al cabo.